

Un cuento de Carlos Luis Fallas

CLISES

EL NO ERA CUENTISTA

Y cuando Carlos Luis Fallas lo reconocía, nos estaba diciendo que un escritor puede ser aurore de novelas, dramas, ensayos, poesía y diez cosas más dentro del arte narrativo. Pero el tema del cuento suele engañar a la gente que se dedica al arte de escribir. Casi no existe un solo escritor que en determinada época de su vida no haya intentado el cuento. Luego con pesamiento más maduro terminan por entender que el "cuento" es "otra cosa" y como tal uno de los géneros más difíciles en literatura. Y que el cuento no es una historia por contar. Ni para contar. Sencillamente es algo que debe saberse narrar encerrando-le en una trilogía estilística, sin la cual el cuento como tal no puede existir: sentido, propósito y belleza.

En una oportunidad, el escritor siente que tiene algo entre las manos y de que ahí puede salir un buen cuento. Carlos Luis lo sentía. Al igual que OHenry el maestro del cuento en la literatura norteamericana, pensaba que en la vida de todo hombre existe un germen que es la historia de un gran suceso por contar.

Pero él sabía que nunca iba a poder escribir un cuento. Por eso le decía a Fabián Dobles:

— Por qué no escribes este cuento?

Y Fabián Dobles le escuchaba el relato, pensando en que de verdad era tema para un cuento asombroso. Tan asombroso que nadie lo iba a creer.

Estaba impregnado de realidad. De un realismo espectante coronado por un final hirientemente cínico.

Pero el lector no lo iba a creer.

— Una vez en la Zona estando en una mesa llegó un hombre de improviso y le cortó la cabeza al vecino de asiento. El cuerpo sin cabeza salió corriendo y se estrelló contra una mata de banano. Pero esas cosas no se pueden contar.

Cuando Fallas hablaba así nos recordaba la palabra de Conan Doyle cuando dice:

— La realidad es a veces superior a toda fantasía.

Fabián Dobles nos había con-tado:

— Calufa tiene el tema de un cuento admirable.

Y por eso una tarde fuimos a visitarlo. Carlos Luis estaba ya muy enfermo, pero cuando sus amigos le visitaban se ponía muy contento. Era el momento de hacer memoranzas. Casi como de volver a vivir. Era su casa frente al Cementerio tan llena de recuerdos. Aunque no con tantos ni tan preciados como la otra la de las tunas enhiestas de La Agonía en Alajuela.

Movía lentamente la pierna de un lugar a otro como para ahuyentar el dolor.

— Este dolor que me friega tanto... Bueno pero ahorita creo que voy a estar bien...

— Estar bien para terminar el libro que traía entre manos. Para la segunda parte de MARCOS RAMIREZ... Para ir a cazar zorros por las callecillas del Llano. O buscar niños en el corazón de las añueles allá en el potrero de Los Rosales junto al río Brasil.

— Maestro quisiera que nos contara el cuento que alguna vez nos dijo Fabián Dobles que usted intenta escribir...

Y nos sonrió. Con una sonrisa buena que intentaba apagar su dolor presente. Pero él era así. Se empezó a contar el cuento.

En la FINCA ALAJUELA de la Compañía Bananera estaba Carlos Luis en uno de sus tiempos de trabajador bananero. No era un ambiente amable. Barracones sarmentosos. Vicio y una miseria que brincaba por encima de los bananales y se calcaba en todo: hombre, muldadas estercoleros, montaña bruta e enquistante.

Una línea que se adentraba hasta el infinito. Seres agotados por muchas cosas y más por la ignorancia, el peso máximo del hombre en esos lugares.

Hablaba poco. Era un tigre para el hacha. No vivía pensando como su primo en ahorrar dinero y regresar hasta Ciruelas para comprar un pedacillo en el que sembrar cebollas. Vivía su día a como viniera. Víctima de los jugadores y del guaro siempre era la estampa de la ruina misma.

Juntos se habían adentrado en los bananales y mucho tiempo habían compartido barracones, estercoleros, insultos de capataces.

Un día sin motivo aparente apareció descuartizado Miguel. Fue un revuelo en todo el bananal. Cien conjetturas corrían de boca en boca. Era pendencia

ro, enamorado de la mujer ajena, insultante hasta la temeridad.

Vino la investigación de San José y empezó la pesquisa. El móvil del crimen no apareció por lado alguno. Miguel sencillamente era un guapo y por muchas cosas seguro le pudieron dar muerte.

Cuando Carlos Luis Fallas contaba este cuento, nosotros desde el instante captábamos la idea del Maestro. Una serie de factores estaban bien logrados para tejer la trama de un crimen. En este caso la muerte misteriosa de Miguel.

Pero la investigación no daba pie en bola, hasta que uno

de ellos por casualidad descubrió una mancha de sangre en la camisa de Felipón.

Y después de amarrarlo a un palo grande y darle una tortura da de aquel que antes se usaban, con apretón de testículos y demás, para sorpresa de todos, empezó a salir una gran verdad.

Felipón tenía una novia bonita en Alajuela y Miguel se la había quitado. Cuando su primo marchó a los bananales de la Compañía, Felipón le siguió aparentemente para acompañarlo pero ya con una idea escondida que le duró casi tres años.

Y un día lo descuartizó con el hacha. Pero antes le había

golpeado en la cabeza y le quitó la ropa. Tenía Miguel una camisa panameña recién estrenada. (Lo mató un domingo en la mañana). Y era dueño de un hermoso par de botas "turrialba". Y unos pantalones azules de dril tierno con costuras amarillas. Por eso el cuerpo de Miguel apareció desnudo.

Felipón empezó a contar que desde que era niño Miguel se las había tomado con él. Y aquellas generalidades sin las que es imposible escribir un gran cuento, estaban en este relato de Carlos Luis Fallas. La motivación de un crimen meditado por años se conjugaban con ar-

(Pasa a la Pág. 21)

Un cuento...

(Viene de la Pág. 19)

te. Existió la envidia, el odio, el amor, la ambición y luego la ceguera del corazón.

Felipón, como en el viejo y magnífico cuento de Edgar Allan Poe, solamente había pasado unos años con el pensamiento de que un día...

Pero Carlos Luis Fallas además de lo que se ha llamado la "nueva ola del cuento", conocía a los maestros del género.

El final de los narradores rusos, norteamericanos, ingleses, franceses y orientales, estaba plasmado en este cuento que Carlos Luis Fallas no tuvo tiempo de escribir.

Felipón fue amarrado. Y ante el mirar un tanto asombrado de los trabajadores fue llevado hasta la Agencia de Policía. Por lástima algunos le regalaron una cobija, par de pesos, una libra de tabaco. Pero desde la confesión de su crimen no hablaba Felipón a nadie ni le vantaba la mirada. Pero en ese momento en que esperaba el tren que lo llevaría hasta el mar y luego a San Lucas para toda la vida, miró las botas lindas, la camisa casi nueva, el pantalón con costuras amarillas que tanto le gustaba a él y que se lo habían quitado.

Fue entonces cuando habló para decirle al Agente de Policía:

—¿No me puedo llevar las botas de Miguelillo para San Lucas? ¡Son tan bonitas!

Es el cuento que Carlos Luis Fallas narra...